

Commemoración del "Día del Diplomático Ecuatoriano"

Centro de Arte Contemporáneo

Intervención del Presidente de la Asociación de Funcionarios y Empleados del Servicio Exterior Ecuatoriano (AFESE)

Fernando Chávez Dávila
Embajador

Señoras y señores

Me es muy grato contar con su compañía en este acto que pretende conmemorar el día del Diplomático Ecuatoriano de Carrera.

Es altamente importante resaltar que esta conmemoración quiere de alguna manera destacar la importancia de la existencia de una Carrera Diplomática como parte importante de un Servicio Exterior serio, competente y respetado en el ámbito nacional e internacional.

Esta conmemoración sería muy agradable y sobre todo muy significativa si fuera hecha en la Academia Diplomática, la cual lastimosamente y erróneamente fue desecha por personas ajenas al servicio y que a pesar de disponer de la debida información, optaron por desaparecerla.

Sin embargo, en este día conmemorativo quiero manifestar que el Servicio Exterior Ecuatoriano de Carrera junto con el Servicio Auxiliar también de Carrera, continúan en la lucha por seguir profesionalizándose en aras de defender lo mejor posible los intereses de nuestro país en el exterior.

Es indispensable resaltar que se logró, con arduas gestiones, que se mantenga dentro de la Ley Orgánica del Servicio Exterior al Personal Auxiliar.

Quiero poner en relieve la valiosa ayuda del Embajador Bolívar Torres, sin cuya desinteresada intervención, este acto no hubiese llegado a feliz término. Igualmente quiero agradecer a la Orquesta Sinfónica Joven del Ecuador, cuyos directivos están apoyando a esta Conmemoración.

Reciban un caluroso abrazo de parte de todos los que conformamos la Asociación de Funcionarios y Empleados del Servicio Exterior Ecuatoriano, en este día conmemorativo que espero se siga manteniendo en el tiempo y en el espacio.

Discurso de Orden

Doctora Susana Cordero Espinosa

Directora de la Academia Ecuatoriana de la Lengua

Confieso que al recibir la solicitud del Embajador Fernando Chávez Dávila para pronunciar estas palabras en la celebración del Día del Diplomático Ecuatoriano, me sentí confusa y, a la par, comprometida. Confusa, por el alto honor que significaba esta solicitud y porque, aunque en el pasado, a través de mi madre he tenido una relación gratísima con familias de notables diplomáticos conocidos y queridos, o porque dicté durante algunos años, cursos sobre el buen uso del español en la tan añorada Academia Diplomática, mi conocimiento real de esta carrera singular que ha contado y cuenta con funcionarios de talento y dignidad, resulta corto, limitado y circunscrito. Sin embargo, acepté este honor que me fue solicitado en mi calidad de directora de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, la corporación cultural más antigua del país, fundada en 1874, lo que la convierte en la segunda Academia de América a la que cabe el orgullo de haber contado y contar actualmente con miembros de número que se singularizaron, a la vez, por la nobleza y distinción con que ejercieron su calidad de representantes diplomáticos del país y llegaron a altos sitios en la carrera, incluso como cancilleres o vicescancilleres de nuestra patria, en horas aciagas. Hablo, pues a nombre de la Academia que me honro en presidir, y lo hago, en primer lugar, con una breve relación del orden e intención de mis palabras:

En una primera parte evocaré los nombres de diplomáticos y académicos que llenaron de gloria al Ecuador, en su calidad de ecuatorianos al servicio de nuestras relaciones exteriores, al par que en el cumplimiento de su vocación de escritores y miembros de nuestra antigua y querida Academia de la Lengua.

Luego, como me es imposible detenerme en la personalidad y las obras de cada uno de ellos, procuraré brindar, a través de las palabras de dos escritores representativos de lo más alto del humanismo y de la creación universal actuales, algunas ideas centrales que ejemplifiquen el sentido del existir de un ser humano de todo tiempo y lugar, capaces de dar significado y vigor interiores a cada una de nuestras vidas. En este desafío, elijo el pensamiento de dos autores actualísimos, de los cuales la cultura universal no puede prescindir: el del sabio y filósofo, George Steiner, judío antisionista, y el de una mujer, escritora incomparable, la primera en pertenecer a la Academia Francesa, Marguerite

Yourcenar. Forzosamente he de resumir algunas de las líneas maestras de su pensamiento y su obrar destinados a dejar indeleble huella en cada ser humano honesto. Estos autores personifican el tiempo de cada uno de nuestros escritores y seres humanos de cultura, y obran sobre nuestro presente con la nobleza de su pensamiento y su palabra.

Aspiro a llegar al fin de este discurso con una lección que aún he de aprender, y que he resumido, tanto para ustedes, queridos diplomáticos ecuatorianos, como para mí misma.

Diplomáticos en la literatura ecuatoriana se titula la importante obra publicada por la Asociación de Funcionarios y Empleados del Servicio Exterior Ecuatoriano, a fines de 2014. Poetas, novelistas, ensayistas fueron expresamente reconocidos en ella. Dije, en la presentación del libro citado:

“Entre los cuarenta y cuatro personajes estudiados en este libro, más de la mitad, veinticuatro de ellos, fueron académicos: Alfonso Barrera Valverde, Leopoldo Benítez, José Rafael Bustamante, Jorge Carrera Andrade, Benjamín Carrión, Gonzalo

Escudero, José Modesto Espinosa, Antonio Flores Jijón, Renán Flores Jaramillo, Cristóbal Gangotena y Jijón. Francisco Guarderas, Darío Lara, Numa Pompilio Llona, Hugo Moncayo, Alfredo Pareja, Víctor Manuel Rendón, Jorge Salvador Lara, Filoteo Samaniego, Carlos R. Tobar, Francisco Tobar García, Carlos Tobar y Borgoño, Honorato Vázquez, Gonzalo Zaldumbide.

Enorgullece saber que gente de tanta solvencia personal, intelectual y humana ha servido a la patria y le sigue sirviendo: permanecen en nuestra historia patria, en su ejemplo de servicio, tanto como en sus textos: poesía, narrativa, artículos, cartas, informes ejemplarmente redactados los sitúan en una rica, invariable actualidad.

A su recuerdo y obra viva he de añadir los nombres de los académicos cuya presencia honra hoy a la Academia Ecuatoriana. Helos aquí nombrados por orden cronológico de ingreso a la Corporación, entre 2012 y 2018: Francisco Proaño Arandi, Jaime Marchán Romero, José Ayala Lasso, Eduardo Mora Anda, Miguel Vasco, Lupe Rumazo... Todos, diplomáticos y académicos ecuatorianos, de pluma señera y de gran dignidad personal, siguen en la creación e iluminan con su palabra los entresijos de nuestro ser ecuatoriano.

Habría querido ahondar en el significado de la diplomacia en el pasado y en el mundo de hoy, pero es tarea que me rebasa. Nada mejor puedo hacer que repetir aquí lo que, al leerlo, ha permanecido grabado, no en mi memoria, más bien frágil,

sino en mi emoción y sensibilidad. No escucharán ustedes nada nuevo, pues el mundo virtual pone cada día a nuestro alcance un 'todo' disponible a la distancia de un clic, en cuanto a información; no, por supuesto, en lo relativo a una auténtica y crítica formación personal. Para la formación, como lo han sentido los auténticos poetas, basta la poesía. Cada día algo de poesía, es decir, de palabra buena, verdadera y bella, nos libera. Y mirar la vida poéticamente es un gozoso, exigente y continuo aprendizaje.

He leído a lo largo de años un pequeño libro titulado *La barbarie de la ignorancia*, además de varias de sus obras preclaras como *Después de Babel*, *Presencias reales*, *Lenguaje y silencio* o *Errata*. La primera es un diálogo que resume la disciplinada y exigente educación recibida en su infancia por George Steiner, hoy de 89 años, hombre universal en su sabiduría, humanista y políglota fundamental. Vuelvo a él para encontrar palabras que digan algo que valga la pena de ser oído por este auditorio para mí, raro y singular. Quiero ser escuchada sin reticencias ni dudas, no por mi veracidad, sino por la firme y secreta sabiduría de palabras no mías. Tomo de sus libros y entrevistas la experiencia de este sabio, que confiesa enriquecer consciente y cotidianamente su sensibilidad y emoción, en la lectura políglota de la poesía y la escucha de la música.

En el diálogo citado, evoca los rasgos de su propia y exigente educación, y anota: 'Dar a un niño una serie de lenguas equivale a dar a su personalidad un sentido ampliamente humano'. Traigo en la siguiente cita un ejemplo incomprensible para padres y abuelos de hoy, y, sin embargo, didáctico y válido. Antoine Spire, quien comparte esta conversación con Steiner, le pregunta:

Dice usted que nació minusválido de la mano y del brazo derechos, y que cierta dosis de voluntarismo de sus padres [...] lo forzó a escribir con la mano derecha minusválida. Creo que le ataban la mano izquierda a la espalda, para obligarlo a escribir con la derecha. ¡Sería incomprensible hoy día!

Steiner responde:

Pues verás: ¡lo siento por hoy! Una vez aprendido el hecho de que un pequeño hándicap es, al contrario, un gran privilegio, es decir, una escuela de esperanza, una escuela de la voluntad donde se califica cada progreso; el hecho de que para atarse los lazos de los zapatos uno necesite un año de ejercicio (cuando no existían los cierres de cremallera)... es de eso precisamente de lo que hablamos, es decir, en lugar de decirle al niño "Pobrecito, te facilitaremos las cosas", se le dice: ¡Qué suerte tienes, te las haremos más difíciles! Sin caer en la mínima presunción, créame, comprendí muy pronto una de las máximas preferidas de mi padre que dice "lo excelente ha de ser muy difícil". ¡Es exacto! No se trata de

castigar. Hoy, cuando todas las terapias son terapias de facilidad, creo que es mucho más difícil crecer con alegría y subrayo alegría. La lucha por resolver los problemas cotidianos... Tuve la suerte inmensa de tener padres que lo habían comprendido. No había nada de sádico ni de siniestro en esto, al contrario, cuando llega el éxito entendemos [para siempre] el significado de la alegría.

A este hombre sabio y sensible, catedrático en las mejores universidades del mundo, Premio Príncipe de Asturias de las Humanidades, el rumbo de la educación actual le aterra y le subleva... El mundo inestable e impredecible en que vivimos, en el cual el universo virtual se constituye en instrumento imprescindible de la frivolidad y el facilismo, más potente que el mundo real para la mentira y el daño impunes, las multitudinarias y mal llamadas postverdades cunden como hasta hace pocos años no podíamos imaginar, con imprevisibles consecuencias; en este medio de propaganda falaz, se acrecienta nuestra ya vasta capacidad de egoísmo y de mal. Estas certezas turban la existencia del anciano sabio, cuya intensidad y vigor siguen intactos.

Los desastres derivados del cambio climático, de las amenazas terroristas y los ataques informáticos, la guerra, las migraciones atormentan sus lúcidos días. Steiner, que reafirma en su trabajo el valor de la palabra humana, no es poeta; confiesa que solo pudo hacer versos, y que los versos matan la poesía. Cultor del aprendizaje memorístico, hoy tan desprestigiado, revela que gracias al sabio ejercicio de recordar y evocar lleva dentro de sí mucha poesía y que la poesía es para él, *las otras vidas de su vida*.

Llama al mundo actual, 'fábrica de incultos', en el cual los jóvenes 'no tienen tiempo... de tener tiempo'. La rutina acelerada en que vivimos produce un ruido inútil y nadie tiene tiempo para buscar su tiempo... El miedo al silencio que contagia hasta a los niños, le asusta y, sin embargo, no es un profeta de la tragedia. Sabe que aun en medio de esta barahúnda existencial, hay quien busca el silencio, pues solo en él es posible encontrar lo esencial. Le asustan el grito, el olor, el color del dinero como único objetivo de la vida, y declara con dureza: *El olor del dinero nos sofoca, y esto no tiene nada que ver con el capitalismo o el marxismo. ... Hoy incluso el niño huele el dinero*, y el único objetivo ya, parece que es ser rico. A esto se suma el enorme desdén de los políticos hacia aquellos que no tienen dinero..., y se refiere también a la desolada monotonía de tantas vidas al parecer prósperas. El sueño del dinero ha convertido el existir en un inhumano camino hacia la nada, en el cual 'los corruptos llegan al poder más fácilmente que las personas honradas'.

Preocupa a Steiner la consideración del modo en que avanza el mundo de la ciencia, mientras el del humanismo clásico retrocede hacia el olvido. Imagina con

dolor que no volverá a nacer ‘un nuevo Shakespeare ni un Mozart ni un Beethoven ni un Miguel Ángel ni un Dante ni un Cervantes y esto le aterra, ‘porque una cultura sin grandes creaciones estéticas es una cultura empobrecida’.

Releyendo sus páginas, encuentro su desprecio al psicoanálisis, disciplina respecto de la cual confiesa que ‘la idea de pagar a alguien para que escuche sus secretos e intimidades le asquea’, y concluye: ‘es como la confesión, pero con cheque de por medio’.

Este es, grosso modo, el perfil del sabio, tan similar al de los sabios renacentistas, para quienes ningún aspecto de las humanidades era ajeno a su tradición milenaria, y toda materia de conocimiento, toda inteligencia de las cosas resultaba una “obligación moral”: en el caso de Steiner es el camino de quien aspira a considerarse un ciudadano del mundo. “Ningún lugar es aburrido si me dan una mesa, buen café y unos libros. Eso es una patria”. Y explica: “Nada humano me es ajeno. ¿Por qué Heidegger es tan importante para mí? Porque nos enseña que somos los invitados de la vida. Y tenemos que aprender a ser buenos invitados. Y, como judío, tener siempre la maleta preparada y si hay que partir, partir. Y no quejarse”.

Saber cómo las crisis pueden afectar a la sociedad, qué responsabilidad tienen en ellas los individuos y cómo las personas han de prepararse para enfrentar situaciones difíciles; Steiner destila de la antigua sabiduría clásica un compás moral constituido por cuatro antiguas virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza, templanza. Prudencia como la virtud excelente fue destacada por Platón, y Tomás de Aquino la considera ‘madre de todas las virtudes’; ella permite que desde una visión de conjunto de lo real, justa, fuerte y sobria – contra el consumismo en que nos consumimos- deriven las demás virtudes. La realidad cambia, se mueve. Y porque cambia es indispensable el conocimiento humanístico, que busca, desde hace siglos, alcanzar el sentido de la vida del ser humano sobre la Tierra.

Si gracias a la ciencia penetramos en nuestra móvil realidad física, quedarnos solo con ella, sin otras preguntas, sume en el misterio la razón de nuestro ser. Sin pensamiento que humanice e intente explicar esa íntima razón; sin una preocupación humanística, sumidos en lo económico, administrativo y burocrático, perdemos nuestra íntima esencia, la vaciamos de valor y la hundimos en el equívoco. Steiner, en su honesto agnosticismo, habla también de “el interminable peso de la ausencia de Dios”, con la sinceridad de quien busca interpretar el misterio que somos. Traigo, para terminar esta parte de mis palabras, una cita medular de su libro *Lenguaje y silencio*:

He tratado de mostrar, al referirme a la situación del idioma alemán bajo el nazismo, lo que la bestialidad y la mentira política pueden hacer con un lenguaje cuando éste se ha separado de las raíces de la vida moral y emocional, cuando se ha osificado con los clichés, las definiciones acrílicas, [las torpes y groseras] palabras inútiles.

Reflexión singular sobre la devaluación de la palabra en el nazismo que se extiende, por desgracia, a la situación humana actual. La demagogia, el populismo al que asistimos cotidianamente ocurren por el ansia de poder, la carencia de sentido crítico y autocrítico de quien los esgrime o los escucha. Esta devaluación ocurre en cada conversación repetitiva e insulsa, en cada presentación política, en la publicidad cotidiana, ese mal pan de cada día.

Pero les debo la referencia a la gran autora de *Memorias de Adriano* y de otras obras memorables, que anotaba en sus cuadernos experiencias, comentarios breves y recuerdos, entre los cuales se encontraron unas palabras pronunciadas por su padre, el aristócrata francés Michel de Clayencour, incansable viajero. Él, a la muerte de su esposa al dar a luz a la niña, se encarga

personalmente de educarla entre libros y viajes. También desde muy temprano, estudió el griego y el latín, y leyó obras de los grandes clásicos; viajó incansablemente por los países europeos, y recorrió mil veces la mar de Adriano.

El amor de la abuela y el de su padre dieron forma interior a la inteligencia y sensibilidad extremas de esta mujer incansable. Cuando, ya joven, comentaba con él alguna circunstancia, causa para ella de aprensión y pena, recibió esta respuesta: *'Hija mía, no es nada. No somos de aquí. Nos vamos mañana'*.

Yourcenar fue la primera académica mujer de la hasta entonces misógina Academia Francesa, nombrada en 1980, al cabo de trescientos cincuenta años de fundación de esa corporación eminente. Fue recibida no sin disgusto, luego de largas discusiones de los académicos franceses, a pesar del inmenso talento que demostraba su obra, coronada por *Memorias de Adriano*, novela histórica de inusitada perfección. Registra en su cuaderno las palabras de su padre que obraron en ella un efecto más noble que el del consuelo inmediato. Al quitar importancia al instante y apelar a su condición común de seres pasajeros, en ese 'nos vamos mañana' los dos evocan, no solo su presente palpable, concreto y viajero, sino la intimidad de su condición de seres humanos. Ustedes, yo, no somos solo de aquí, sino de cada lugar que nos ha enriquecido y ayudado a entendernos mejor. Y, sin duda alguna, nos vamos mañana.

Desde esta evocación aceptamos una forma de luz que nos mueve a vivir

dignamente, a aprovechar el instante que, como decía el gran Antonio Machado, llega y pasa, porque 'lo nuestro es pasar'. Michel de Crayencour (apellido que su hija transformó en Yourcenar para formar el seudónimo que llevó hasta la muerte) no fue diplomático de profesión, aunque lo era de espíritu. Él y su hija fueron viajeros pertinaces, cultivados en la lectura amorosa, tanto como en la interpretación contemplativa de ciudades, museos, monumentos, habitantes; en cada lugar y en cada amigo encontraban el ámbito estético que les permitía nutrir su inteligencia y apaciguar las exigencias de su corazón.

Pues bien, no solo en esa aureola con que la imaginación profana rodea la vida diplomática, sino en la realidad de los deberes y derechos de esa misión, hay mucho de la constatación de Michel de Crayencour y de su hija, Marguerite Yourcenar: la noción de que todo progreso surge de la comprensión de la cultura que aporta cada país en el que permanecemos; la de que cada paso por dar supone un nuevo conocimiento y, ojalá, el dominio del idioma propio y el de otras lenguas, pues la palabra oral y escrita es el verdadero instrumento de trabajo diplomático; no lo son la amenaza, las armas ni la imposición. Quisiéramos que cada diplomático ecuatoriano llevara a su destino un mensaje pleno de humanidad. Pensamos que no puede sentirse desterrado en un país que no es el suyo, pues su misión es llevar su patria a los demás y presentarla en la nobleza de sus gestos, en el conocimiento de su deber profesional y humano.

De este modo, no es extraño que en la vida diplomática se aúnen el quehacer responsable exigido por su condición junto al cultivo y el amor por la palabra. Muchos diplomáticos ecuatorianos han sido magníficos poetas, cuentistas y novelistas de nota, y muchos escritores fueron nombrados diplomáticos por su sabiduría.

Su valor viene de la relación con todo, de la conciencia orgullosa de su quehacer. La diplomacia, que puede y debe ejercerse en tiempos de guerra, pues tal lo pide la dura realidad, es una vocación de paz. También el escritor mira su patria y la de los demás con respeto y tolerancia. Sufre ante el panorama hiriente que, por desgracia, nos presenta sin alternativa, la vida cotidiana, y aspira a la comprensión entre los seres humanos.

Conforme escribo, me percató de que las circunstancias personales que esperando no equivocarme, atribuyo a la diplomacia, son también las que exige la vocación de escritor. Más allá del contexto en que a cada individuo le toca ejercer su misión –y misión es un latinismo, que significa 'envío'–, el diplomático es un 'enviado' y puede vivir en países anodinos en apariencia, o en etapas intensas de la vida de los países y del acontecer internacional, pero con su disposición y apertura aprenderá sobre el país que no es el suyo, tanto como sobre sí mismo. No siempre le será factible comprender las circunstancias de su nuevo destino, y menos aún,

ofrecer soluciones justas en casos de controversias y dificultades, pero aprenderá a reconocer que no es la palabra la que genera hechos inhumanos, sino la interpretación que hacemos de ella.

Entre el conocimiento y la praxis, la teoría y la acción, podrá experimentar en su vida aquello que Goethe resume bellamente: “Gris, caro amigo, es toda teoría, y eternamente florece el árbol de la vida”.

Finalmente, me disculpo por el gris que he traído con mis palabras, aunque aspiro a que no excluyan el eterno florecer de la vida.